

No sé si debo hablaros de las primeras meditaciones que hice aquí; pues son tan metafísicas, y tan fuera de lo común, que quizá no le agraden a todo el mundo. Sin embargo, para que se pueda juzgar si son bastante firmes los fundamentos²² de ellas. Había notado mucho antes que, por lo que se refiere a los usos, algunas veces es conveniente seguir opiniones que sabemos que son muy inciertas, tal como si fuesen inducibles, como quedó dicho arriba; pero, puesto que por entonces yo no deseaba ocuparme de otra cosa, que de buscar la verdad, pensé que sería mejor que hiciese todo lo contrario, y que rechazase como absolutamente falso todo aquello en lo que pudiese imaginar la menor duda, para ver si después de ello no quedaba en mi creencia alguna cosa que fuese enteramente indudable. Así, puesto que los sentidos a veces nos engañan, quise suponer que no había cosa alguna que fuese tal, como ellos nos la hacen imaginar. Y dado que hay quienes se equivocan al razonar, incluso en las más simples materias de la geometría, y cometen paralogismos, juzgué que yo estaba expuesto a errar tanto como cualquier otro, y rechacé como falsas todas las razones que antes había tenido por demostraciones. Y finalmente, al considerar que los mismos pensamientos que tenemos estando despiertos nos pueden venir cuando dormimos, sin que, en ese caso, ninguno de ellos sea verdadero,²³ resolví suponer que ninguna de las cosas que jamás hubieran entrado en mi espíritu era tampoco más verdadera que las ilusiones de mis sueños. Pero en seguida advertí que mientras de este modo quería pensar

22. Courcelles: «philosophiae meae fundamenta». AT VI, 558.

23. Courcelles: «tunc semper aut fere semper sit falsa». AT VI, 558.

que todo era falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese algo. Y notando que esta verdad: *yo pienso, luego soy*,²⁴ era tan firme y cierta, que no podían quebrantarla ni las más extravagantes suposiciones de los escépticos, juzgué que podía admitirla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que estaba buscando.

Después, al examinar con atención lo que yo era, y viendo que podía suponer que no tenía cuerpo alguno, y que no existía ningún mundo ni ningún lugar donde yo estuviese; pero que no por ello podía suponer que yo no existía; y que al contrario, ya sólo del pensar en dudar de la verdad de las otras cosas,²⁵ se seguía muy evidente y ciertamente que yo existía; mientras que si sólo hubiese dejado de pensar, por más que ³³ hubiese sido verdadero todo el resto de lo que alguna vez había imaginado, no tenía razón alguna para creer que yo existía: por todo ello conocí que yo era una substancia cuya esencia o naturaleza entera consiste únicamente en pensar, y que para existir no necesita lugar alguno, ni depende de ninguna cosa material. De manera que este yo, es decir, el alma,²⁶ por la que soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo; y hasta es más fácil de conocer que éste, y aunque él no existiese, ella no dejaría de ser todo lo que es.

Después de esto, consideraré en general lo que se requiere para que una proposición sea verdadera y cierta; pues, como acababa de encontrar una que yo sabía que lo era, pensé que debía saber también en qué consiste esa certeza. Y habiendo notado que no hay, en: *yo pienso, luego soy*, nada por lo que pueda estar seguro de estar diciendo una verdad, sino sólo que veo muy claramente que, para pensar, es necesario ser, juzgué que podía tomar por regla general, que las cosas que concebi-

24. Courcelles: «sum, sive existo» (AT VI, 558).

25. Courcelles añade: «sive quidlibet aliud cogitarem» AT VI, 558.

26. Courcelles: «sive quidlibet aliud cogitarem» AT VI, 558.

mos muy clara y distintamente son todas verdaderas; pero sólo hay alguna dificultad en advertir bien cuáles son las que concebimos distintamente.

Luego de ello, al considerar en mi reflexión que yo dudaba, y que por consiguiente, mi ser no era enteramente perfecto, pues veía claramente que era mayor perfección conocer, que dudar, se me ocurrió investigar a partir de qué habría aprendido a pensar en alguna cosa más perfecta que yo; y conocí con evidencia que debía ser a partir de alguna naturaleza que fuese efectivamente más perfecta. Por lo que concierne a los pensamientos que tenía, de muchas otras cosas fuera de mí, como el cielo, la tierra, la luz, el calor, y otras mil, no me preocupaba tanto saber de dónde procedían, porque, como no notaba en ellos nada que me pareciera hacerlos superiores a mí, podía creer que, si eran verdaderos, eran unas dependencias de mi naturaleza, en la medida en que ésta poseía alguna perfección; y si no lo eran, procedían de la nada, es decir, que estaban en mí porque en mí había defecto. Pero no podía ser así con la idea de un ser más perfecto que mi ser: pues era manifiestamente imposible haberla obtenido de la nada; y puesto que no hay menos repugnancia en que lo más perfecto sea una consecuencia y dependencia de lo menos perfecto, que la hay en que de la nada proceda alguna cosa, no podía tampoco haberla obtenido de mí mismo. De modo que quedaba que hubiese sido puesta en mí por una naturaleza que fuese verdaderamente más perfecta que yo, y que incluso tuviese en sí todas las perfecciones de las que yo pudiese tener alguna idea; es decir, en una palabra, que fuese Dios. A lo cual agregué que, puesto que yo conocía algunas perfecciones que no poseía, no era yo el único ser existente (aquí emplearé libremente, si os parece, los términos de la escuela), sino que, por necesidad, tenía que haber algún otro más perfecto, del cual yo dependiese, y de quien hubiese obtenido todo cuanto yo poseía. Pues si yo hubiese estado solo y hubiese sido inde-

pendiente de todo otro ser, de manera que hubiese tenido de mí mismo todo aquello poco en lo que participaba del ser perfecto, habría podido tener por mí mismo, por la misma razón, todo lo demás que veía que me faltaba, y así habría podido ser infinito, eterno, inmutable, omnisciente, omnipotente, y tener, en fin, todas las perfecciones que podía conocer que hay en Dios. Pues, según los razonamientos que acabo de hacer, para conocer la naturaleza de Dios hasta donde ello le fuese posible a la mía, sólo tenía que considerar, en todas las cosas de las que encontrase en mí alguna idea, si el poseerlas era perfección o no; y estaba seguro de que no estaba en él ninguna de aquellas que indicaban alguna imperfección, pero que estaban en él todas las otras. Así, veía que la duda, la inconstancia, la tristeza, y cosas semejantes, no podían estar en Dios, pues bien contento habría estado yo mismo de estar libre de ellas. Luego, además, tenía ideas de muchas cosas sensibles y corpóreas; pues, aunque supusiese que soñaba, y que era falso todo lo que veía o imaginaba, no podía negar, sin embargo, que las ideas correspondientes estuviesen verdaderamente en mi pensamiento; pero dado que ya había conocido muy claramente en mí mismo que la naturaleza inteligente es distinta de la corpórea, y considerando que toda composición es señal de dependencia,²⁷ y que la dependencia es manifiestamente un defecto, juzgaba por ello que no podía ser una perfección en Dios el estar compuesto de estas dos naturalezas, y que, por consiguiente, él no lo estaba; pero que, si hubiese cuerpos en el mundo, o inteligencias, u otras naturalezas que no fuesen enteramente perfectas, su ser debía³⁶ depender de la potencia de Dios, de tal manera, que no podían subsistir sin él ni un solo instante.

Después de esto, me puse a buscar otras verdades, y habiéndome propuesto el objeto de los geómetras, que concebía

27. Courcelles: «in omni autem compositione unam partem ab altera, totumque a partibus pendere advertēbam» AT VI, 560.

como un cuerpo continuo, o un espacio indefinidamente extendido en largo, ancho y altura o profundidad, divisible en varias partes, que podían tener diversas figuras y tamaños, y ser movidas o trasladadas de todas las maneras, pues todo eso suponen los geómetras en el objeto de ellos, recorrí algunas de sus demostraciones más simples. Y habiendo advertido que esa gran certeza que todo el mundo les atribuye se funda tan sólo en que se las concibe con evidencia,²⁸ de acuerdo con la regla que acabo de referir, advertí también que no había en ellas nada que me asegurase la existencia de su objeto. Pues, por ejemplo, veía muy bien que si suponía un triángulo, era necesario que sus tres ángulos fuesen iguales a dos rectos; pero en esto no veía nada que me asegurase que en el mundo existía triángulo alguno. En cambio, si volvía a examinar la idea que tenía, de un Ser perfecto, encontraba que en ella estaba comprendida la existencia, de la misma manera que en la idea de un triángulo está comprendido que sus tres ángulos sean iguales a dos rectos, o en la de una esfera, que todas sus partes sean igualmente distantes de su centro, y aun con mayor evidencia todavía; y que, por consiguiente, que Dios, que es este Ser perfecto, es, o existe, es al menos tan cierto como pueda serlo cualquiera de las demostraciones de la geometría.

Pero lo que hace que muchos se persuadan de que es difícil ³⁷ conocerlo, e incluso conocer lo que sea su propia alma, es que nunca elevan su espíritu por encima de las cosas sensibles, y que están tan acostumbrados a considerar todas las cosas con la imaginación, que es una manera de pensar particular para las cosas materiales,²⁹ que lo que no es imaginable les parece que no es inteligible. Esto se nota muy manifiestamente en que aun los filósofos tienen por máxima, en las escuelas, que

28. Courcelles: «valde clare & distincte». AT VI, 560.

29. Courcelles: «hoc est, cujus aliquam imaginem tanquam rei corporeae in phantasiâ suâ non fingant». AT VI, 561.

nada hay en el entendimiento que no haya estado antes en los sentidos, donde, sin embargo, es cierto que jamás han estado las ideas de Dios ni del alma. Y me parece que quienes pretenden usar la imaginación para comprenderlas, proceden como si, para oír los sonidos, o sentir los olores, quisieran servirse de los ojos; y todavía con una diferencia: que el sentido de la vista no nos asegura menos de la verdad de sus objetos, que los sentidos del olfato o del oído; mientras que ni la imaginación ni los sentidos pueden jamás darnos seguridad de cosa alguna, si no interviene nuestro entendimiento.³⁰

En fin, si todavía hay hombres a quienes las razones que he presentado no convencen bastante de la existencia de Dios y de sus almas,³¹ quiero que sepan que todas las demás cosas de las que quizá crean estar más seguros, como son que tienen un cuerpo, que hay astros, y una tierra, y cosas semejantes, son menos ciertas. Pues aunque se tenga de estas cosas una seguridad moral, que es tal, que parece que no se puede dudar de ellas, a menos que uno sea un extravagante, sin embargo, cuando se busca una certeza metafísica, tampoco se puede negar, a menos de ser poco razonables,³² que tenemos motivo bastante para no estar enteramente seguros de ellas, cuando hemos advertido que de la misma manera podríamos, estando dormidos, imaginar que tenemos otro cuerpo, y que vemos otros astros, y otra tierra, sin que ello sea así. Pues, ¿cómo sabemos que los pensamientos que tenemos cuando soñamos son los falsos, y no los otros, visto que aquéllos muchas veces no son menos vívidos y expresos? Y por mucho que los ingenios más excelentes lo intenten, no creo que puedan dar razón alguna que baste para

30. Courcelles: «nisi intellectu sive ratione cooperante». AT VI, 561.

31. Courcelles: «ipsorumque animas absque corpore spectatas esse res revera existentes». AT VI, 561.

32. Courcelles añade: «quoties de certitudine Metaphysicâ quaestio est». AT VI, 561.

suprimir esta duda, mientras no presupongan la existencia de Dios. Pues, en primer lugar, aquella misma regla que antes establecí, a saber, que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas, obtiene toda su certeza solamente de que Dios es o existe, y es un ser perfecto, y de que todo lo que hay en nosotros viene de él. De donde se sigue que nuestras ideas o nociones, siendo cosas reales y que vienen de Dios en todo lo que tienen de claras y distintas, no pueden, como tales, ser sino verdaderas. De suerte que si bastante a menudo tenemos algunas que contienen alguna falsedad, esto sólo puede ocurrir en aquellas que contienen algo de oscuridad y de confusión, porque en eso participan de la nada, es decir, que son así confusas en nosotros, sólo porque nosotros no somos enteramente perfectos. Y es evidente que es tan inadmis-
39 ble que la falsedad o la imperfección, en tanto tal, provenga de Dios, como lo es que la verdad o la perfección proceda de la nada. Pero si no supiésemos que todo lo que en nosotros hay de real y de verdadero viene de un ser perfecto e infinito, entonces, por claras y distintas que fuesen nuestras ideas, no tendríamos razón alguna que nos asegurase que tienen la perfección de ser verdaderas.

Ahora bien, luego que el conocimiento de Dios y del alma³³ nos ha dado certeza de esa regla, es muy fácil darse cuenta de que los ensueños que imaginamos cuando dormimos no deben nunca hacernos dudar de la verdad de los pensamientos que tenemos estando despiertos. Pues si ocurriese que alguien tuviese, en sueños, una idea muy distinta, como, por ejemplo, que un geómetra hallase alguna demostración nueva, su sueño no le impediría a la idea ser verdadera. Y por lo que concierne al error más frecuente en nuestros sueños, que consiste en que nos representan diversos objetos de la misma manera como lo hacen los sentidos externos, no importa mucho que este error

33. Courcelles: «& mentis nostrae». AT VI, 562.

nos dé ocasión de desconfiar de la verdad de tales ideas,³⁴ porque ellas pueden también, con bastante frecuencia, engañarnos sin que estemos dormidos; como cuando los que tienen ictericia ven todo de color amarillo, o cuando los astros u otros cuerpos muy remotos nos parecen mucho más pequeños de lo que son. Pues finalmente, estemos despiertos o dormidos, no debemos dejarnos persuadir nunca sino por la evidencia de la razón. Y hay que notar que digo de la razón, y no de la imaginación ni de los sentidos. De este modo, aunque veamos al sol muy claramente, no debemos juzgar por ello que sea del tamaño que lo vemos; y podemos imaginarnos muy distintamente una cabeza de león injertada en el cuerpo de una cabra, sin que se deba concluir de ello que existe en el mundo una quimera; pues la razón no nos dice que lo que así vemos o imaginamos sea verdadero. Nos dice, más bien, que todas nuestras ideas o nociones deben tener algún fundamento de verdad; pues no sería posible que Dios, que es enteramente perfecto y veraz, las hubiera puesto en nosotros sin eso. Y puesto que nuestros razonamientos nunca son tan evidentes ni tan completos durante el sueño como durante la vigilia, aunque a veces nuestras imaginaciones sean tan vívidas y expresas cuando dormimos como cuando estamos despiertos, y a veces aun más, la razón nos dice que, no pudiendo ser verdaderos todos nuestros pensamientos, porque no somos enteramente perfectos, la verdad que haya en ellos debe infaliblemente encontrarse en los que tengamos estando despiertos, más bien que en nuestros sueños.

34. Courcelles añade: «*quas a sensibus vel accipimus vel putamus accipere*». AT VI, 562.